Desarrollo económico y relaciones sociales en Chile¹

El análisis de las relaciones entre la estructura económica y la organización sociopolítica tiene un campo atrayente al enfocar la evolución de Chile, tanto por la simetría de las transformaciones en ambos planos que se discierne durante algunos períodos, como por los contrastes o desajustes que se comprueban en otros.

La preocupación general que sirve de guía a este trabajo puede resumirse así: en el caso chileno se manifiesta, desde antiguo, un relativo adelanto de la organización social y las formas institucionales respecto a los cambios en el nivel de la estructura económica, disociación que tiende a agudizarse en los dos últimos decenios. Esta hipótesis —que no pretende ser novedosa— tiene importancia evidente para la comprensión de la realidad actual del país y también es muy útil para examinar otras experiencias latinoamericanas, donde parece resaltar el fenómeno inverso, esto es, el de cambios relativamente rápidos y profundos de la base productiva y un rezago meridiano en la adecuación correspondiente de las condiciones sociales y políticas.

Para plantear el problema conviene situarlo en el marco histórico de Chile independiente, y distinguir en ese curso algunas etapas significativas para el enfoque que elegimos. Muchos de los aspectos a destacar fueron asunto de una obra más extensa², de manera que en este trabajo, más limitado en sus propósitos, sólo repetiremos

¹ Este trabajo constituye una versión ampliada y actualizada de otro publicado en *El Trimestre Económico*, N° 120, octubre-diciembre de 1963.

² *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Edit. Universitaria, Santiago de Chile, 1962.

algunos trazos gruesos del examen ampliando las consideraciones más pertinentes para el tema.

Si se detiene la vista en la primera fase del decurso chileno, después de salvados los escollos y los ajustes para la Independencia, o sea la que se abre alrededor de 1830 y se cierra en el decenio de los años 60, se perfila nítidamente una diferencia muy marcada con la experiencia común en la mayor parte de América Latina. Ella estriba en que Chile pudo escapar, por lo menos relativamente, a la casi inevitable etapa «caudillista-militar». En efecto, Diego Portales consolidó una autoridad civil que, al margen de las excepciones legítimas que pueden levantarse en un escrutinio aislado, consiguió lo que otras repúblicas de América Latina no alcanzaron: definir los predomios de clase en conformidad con las circunstancias objetivas del momento³. Portales puso en evidencia —y allí se apoyó— el predominio de la clase terrateniente, no por medio de algún líder uniformado, aunque los hubo, sino por medio de una representación civil, en un «Estado de forma». En otras palabras, detectó dónde residía el poder efectivo según la estructura económica y lo «racionalizó» políticamente. Otros países, en cambio, no consiguieron formalizar la tutela objetiva de los terratenientes en una expresión «civil» y tuvieron que vivir la etapa más o menos prolongada de caudillos y dictadores que, si bien respondían en el fondo a los intereses de los grandes propietarios, introducían un alto grado de inestabilidad a causa del personalismo y del papel de la fuerza armada.

¿Por qué se dio ese «modelo político» en Chile? Pocos han tratado de explicarlo. Sin descuidar la influencia de las personalidades, pista débil por lo general pero sin

³Diego Portales sólo fue ministro en dos oportunidades en el decenio 1830-40; la primera vez, entre 1830 y 1831; la segunda, entre 1835 y 1837. Sin embargo, fue la influencia dominante en ese período formativo de la República.

duda importante en los nudos estratégicos e inciertos de la cadena histórica⁴, podrían barajarse varias hipótesis: la »maquinaria« de la administración colonial fue menos desarmada; el »feudalismo« agrario era más débil debido a la relativa pobreza de los terratenientes; la antigua y proseguida guerra contra los indígenas había creado un armazón nacional más integrada. Y aún se puede seguir especulando.

Aunque los historiadores liberales crearon una leyenda negra sobre la »república conservadora«, juzgando sus aspectos políticos a la luz de patrones europeos sin actualidad, lo cierto es que la política económica de esos decenios podría calificarse de marcadamente »progresista« para su tiempo. Se planteó y puso en práctica una conducta muy activa por parte del Estado, con una orientación proteccionista declarada y extendida a responsabilidades tan heterodoxas como el establecimiento de los primeros ferrocarriles públicos en América Latina.

¿Cómo puede conciliarse esa tendencia con lo que podríamos llamar »contenido de clase« del interregno conservador? Parece razonable la hipótesis que aquella política económica era la prolongación de las ideas dominantes en los medios intelectuales y administrativos del régimen colonial depuesto, de cepa mercantilista y estatista a su modo⁵. Lo que ocurrió, como agudamente lo intuyó Subercaseaux⁶, es que los españoles concebían el mercantilismo y la acción oficial »al revés«, o sea

⁴ ¿Quién podría negar que un Lenin, un Churchill, un Stalin, un Hitler, un Roosevelt, un De Gaulle, o un Sarmiento, un Bolívar, un Portales, o un Alessandri, un Perón o un Fidel, algo o mucho tienen que ver con la fisonomía de los hechos?

⁵ Véase al respecto Robert Will, »La política económica de Chile, 1810-64«, en *El Trimestre Económico*, N° 106, abril-junio de 1960.

⁶ G. Subercaseaux, *Historia de las doctrinas económicas en América Latina y en especial en Chile*, 1924.

para beneficio de la metrópoli, y los dirigentes del gobierno independiente los aplicaron »al derecho«, esto es, en función de los intereses de la joven república.

Todo este esquema fue progresivamente socavado por las derivaciones de la rápida y vigorosa integración del sistema productivo chileno en el comercio internacional. Por una parte, ese proceso acarrió la aparición o desarrollo inusitado de diversas actividades exportadoras, principalmente mineras pero también agrícolas, a lo cual se agregó el consiguiente aumento de la corriente de importaciones y la maraña de servicios financieros y comerciales asociados al tráfico externo. De la mano con lo anterior, como es obvio, emergieron grupos, individuos e intereses ajenos al clan terrateniente y al aparato burocrático, ejes del régimen conservador; así también ocurrió la invasión de las ideas francesas en lo político y de las inglesas en lo económico, esto es, todo el credo »iluminista« y »librecambista« que habría de dominar el siglo.

El cambio de circunstancias, además de trastocar las bases objetivas de la república »portaliana«, abrió perspectivas económicas y políticas evidentemente atractivas. En vez del escarpado sendero, probablemente intransitable en las condiciones de ese tiempo, de una eventual expansión industrial, se abrió al ancho camino de la exportación de bienes primarios hasta ese entonces ignorados o subestimados a cambio de los cuales podía obtenerse la variedad de mercancías que producían las economías más avanzadas, sobre todo los artículos de consumo refinado de origen europeo que reclamaban los enriquecidos mineros y agricultores incorporados al nuevo modelo de desarrollo.

La »república liberal« (podría ser situada entre 1860 y 1920) que sucedió a los decenios conservadores implicó y correspondió a una »diversificación« del contenido social de la coalición dominante, pero siempre la dejó

circunscrita a una oligarquía estrecha, pero no cerrada, con claros intereses comunes que sobrepasaban sus roces »sectoriales«. Equivocado, o por lo menos desmedido, sería percibir en sus querellas intestinas y continuas, como lo hicieron algunos autores, un reflejo de las contradicciones entre burguesía y terratenientes a la manera de los países europeos. Por debajo de las apariencias políticas estaba el »fundente« principal, que era el compromiso y participación en el modelo exportador. A este respecto es útil tener en cuenta que los productos agrícolas, especialmente el trigo, constituyeron una fricción significativa durante el siglo pasado en la pauta del intercambio. Y más importante aún: que la agricultura (y piénsese en los terratenientes, conservadores de preferencia) »exportaba« después a la región salitrera, otro lazo profundo y poco aquilatado de su vinculación al sector externo⁸.

⁷A diferencia, o en menor grado que otras oligarquías latinoamericanas, la chilena no ha sido excluyente respecto a las personas. El dinero, el talento o funciones políticas o públicas han servido de llave para el ingreso; lo que se modificaba menos era el contenido de intereses, actitudes, hábitos, etcétera, del clan rector. En otras palabras, con las debidas credenciales, era posible franquear la puerta estrecha siempre que se conocieran y respetaran las »reglas del club«. Esta circunstancia ha tenido una evidente significación política, tanto para limar las tensiones como para promover el arribismo —y también la desertión— desde los estratos rezagados.

⁸El profesor José Medina Echavarría en el estudio *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1964, se refiere al clásico conflicto entre liberales y conservadores en la región, aludiendo a las »atenuaciones y compromisos« que lo caracterizan en Chile. La razón principal de esa evolución reside en lo antes expuesto. Según el distinguido sociólogo, la misma influencia habría gravitado en los demás países, pero señala que ella se hizo sentir con posterioridad: alrededor de 1860 y después.

Podría pensarse que la guerra del Pacífico (1879) y su principal consecuencia, la incorporación del salitre a la economía chilena, no alteró mayormente el patrón del desenvolvimiento anterior ni su representación social, por cuanto, a la postre, sólo creó una base más amplia y próspera para el esquema tradicional. Así es, en cierto grado, pero, al mismo tiempo, la expansión "cuantitativa" del sistema provocó a la larga algunos cambios cualitativos que están en la raíz de la evolución posterior.

Para aquilatar esta cuestión conviene examinar más detenidamente algunas características sui géneris del núcleo de la exportación chilena, la minería del salitre. Esta, como se sabe, a poco correr después de la guerra del Pacífico, pasó a ser controlada casi totalmente por el capital extranjero, tanto en su explotación como en sus operaciones comerciales. No hubo, pues, un dominio nacional del sector más productivo, como ocurrió en los países del Atlántico, por ejemplo, por más que allí estuviera restringido en muchos aspectos por el control ajeno de la comercialización. De este modo, la clase dirigente chilena quedó en gran medida separada de aquellas actividades lucrativas, salvo en lo que respecta a compromisos individuales, en calidad de abogados, gestores o proveedores del sector. Su base económica fue, por lo tanto, más débil que la correspondiente a la "oligarquía vacuna" del Río de la Plata o a los azucareros o cafetaleros del Brasil. Probablemente esto tiene algo que ver con la "flexibilidad" de la derecha chilena, aspecto al que haremos referencia posteriormente. Por otro lado, aquel dominio extranjero debía ser retribuido, lo que representó una disminución del sostén material de la "superestructura" social y política que emergió en esa fase.

La distribución de ingresos entre los inversionistas y el país debe haber sido más favorable que en un típico

caso de factoría o enclave extranjero. Había un Estado nacional organizado, con un grado no despreciable de autonomía, que había alcanzado un nivel relativamente alto de crecimiento de acuerdo a la escala latinoamericana. Sin embargo, lo más importante en este cuadro, y lo peculiar en el arreglo chileno, estriba en que *es el Gobierno y no los propietarios nacionales del sector exportador* el agente que administra, gasta y distribuye una fracción considerable de la renta generada por el intercambio exterior.

Para esclarecer este punto —a nuestro juicio, de enorme significación—, en ese respecto podemos comparar el »modelo chileno« con el argentino. Imaginemos que en ambos casos el valor creado por la exportación era igual a 100. Supongamos ahora, para simplificar y en primera instancia, que ese ingreso bruto *geográfico* se repartía entre utilidades y salarios. La diferencia que de partida notamos al contrastar los casos es que en uno, el de Chile, la parte de las utilidades que fluía al exterior debe haber sido más alta por ser foránea la propiedad de las empresas mineras. Esto es, en términos de contabilidad económica, el ingreso *nacional* resulta bastante menor que el *geográfico* en comparación con la Argentina⁹. Por otro lado, que es el que nos interesa en este momento, mientras en la Argentina la parte de las utilidades que »quedaba en casa« iba a los bolsillos de los diversos empresarios del sector, en lo que respecta a Chile ella entraba y se diseminaba en su economía por los canales ligados de la tributación y el gasto fiscales. Naturalmente, en la Ar-

⁹ Lo que se podría preguntar con alguna razón es si la participación de los salarios no era mayor en Chile por las características de la explotación minera (bien diferente, en cuanto a uso y retribución de la mano de obra, a la gran propiedad cerealera o ganadera), en cuyo caso la diferencia entre ingreso geográfico y nacional se reduciría. No obstante, el otro problema no varía: siempre queda en pie que el gobierno, en Chile, era el que »administraba« parte considerable del ingreso externo.

gentina, como en otras economías en situación parecida, el Estado también participaba en ese proceso, pero, insistentemente, no era el agente primordial del mismo. He ahí la raíz del contraste.

Tal composición de hecho tuvo importantes proyecciones económicas y sociales. Al ser canalizada hacia el Estado una parte significativa del ingreso nacional se creó una estructura de demanda y de empleo de los recursos bastante diferente a la que habría existido si esas rentas hubiesen ido a manos de propietarios nacionales. El gasto fiscal contribuyó a la ampliación de los servicios públicos y de los grupos sociales dependientes en una u otra forma de ese tipo de dispendios. Esto es, junto al efecto de la expansión exportadora-importadora sobre los servicios privados, se expresó el otro derivado de la actividad estatal, cooperando ambos al desarrollo de diversos sectores de "clase media" concentrados en los principales centros urbanos.

No parece aventurado relacionar esa evolución con la "entrada en escena", hacia fines del siglo, de las agrupaciones políticas representativas de esos nuevos segmentos sociales, o sea los partidos Radical y Demócrata.

Pero hay otra faceta clave en el desarrollo del sector exportador chileno: la gestación de un proletariado combativo y numeroso. Para explicar esta circunstancia, también muy distintiva en esa etapa de la evolución latinoamericana, deben tenerse en cuenta algunas particularidades de la explotación salitrera que tuvo lugar, desde luego, en las provincias del extremo norte, relativamente des pobladas, de manera que hubo que trasladar a esa región, desde el centro y el sur, casi toda la fuerza de trabajo necesaria. Ella dependía por completo del abastecimiento exterior o extrarregional; las condiciones de labor eran muy duras y las bruscas y continuas oscilaciones del intercambio creaban periódicas olas de desempleo por lo

cual miles de familias sin recursos se concentraban en las ciudades de la costa.

Por otro lado, y quizá el más importante, las relaciones establecidas por la minería del nitrato eran de tipo industrial, propicias para la acción disciplinada y enérgica de masas. Cabe agregar que la migración masiva hacia el norte minero estableció una «correa de transmisión» política con el sur: campesinos, obreros y parientes se desplazaban en ambas direcciones, diseminando las ideas y actitudes que afloraban en el salitre, de manera que la demanda de mano de obra generada por la minería mejoró en alguna medida el «poder de contratación» de los asalariados del centro y del sur, tendencia que se robustecía con la persistente y nada insignificante emigración hacia el sur de la Argentina.

Son, sin duda, estas condiciones, bastante originales en el medio latinoamericano de esa época, las que motivaron el temprano surgimiento de partidos obreros, de franca definición socialista, aun antes, dicho sea de paso, de la revolución soviética.

LA ENAJENACION DEL SALITRE

Para cerrar estas consideraciones sobre los perfiles y consecuencias del modelo exportador chileno, creemos útil volver sobre ese punto sobresaliente que es la enajenación o «entrega» al interés extranjero de los sectores más productivos del sistema. En otro trabajo¹⁰, ya planteamos una pregunta básica al respecto: ¿cómo se explica que haya ocurrido tal cosa en relación al salitre después que el país entró en una guerra dura y costosa para defender los intereses chilenos enraizados en esa actividad minera en territorio peruano y boliviano?

La emergencia del imperialismo inglés en el asunto

¹⁰A. Pinto, *Chile, un caso de...*, ob. cit.

está demostrada¹¹, pero los antecedentes disponibles, que no vale la pena repetir aquí, sugieren inequívocamente que el elemento crucial no está en imposiciones o maniobras del extranjero, al estilo colonial, sino en la propia renuncia o falta de decisión y propósito del grupo dirigente para consolidar el dominio nacional.

Para explicar el fenómeno —y aparte del factor cierto de los agentes británicos y sus altos gestores chilenos— sugerimos algunas hipótesis complementarias y que nos parecen las decisivas.

Por una parte, debe figurar la «filosofía económica» del período, aspecto que ya destacamos, que permeaba la mentalidad y orientaba las decisiones de la clase rectora. Según ella resultaba natural y deseable la entrada de los inversionistas foráneos y su control de cualquier activo productivo. A la vez, era inimaginable que el Estado pudiera constituir una alternativa económica y empresarial a la posibilidad anterior. Reforzando todo esto está la circunstancia de la dependencia del mercado de capitales ingleses para la fuerte deuda pública, expediente normal y constante en el financiamiento público, a pesar de la bonanza de la exportación y la consiguiente necesidad de «dar confianza».

En segundo lugar nos atreveríamos a anotar que, en aquella aceptación del dominio y la administración extranjeras, es fácil descubrir un sugerente parecido con esa práctica tradicional entre los grandes propietarios agrícolas de arrendar sus haciendas o desligarse de su operación para radicarse en la ciudad y vivir de sus rentas. En otras palabras, podría apreciarse como otro reflejo del ausentismo latifundista, que en este caso «arrendó» la pampa salitrera para contentarse con el residuo fiscal.

Por último, está el hecho obvio, y seguramente funda-

¹¹Véase, por ejemplo, Hernán Ramírez, *La revolución de 1891*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

mental, que no hubo intereses privados lo bastante fuertes como para afirmar las antiguas posiciones chilenas y tomar bajo su cargo el manejo del grueso de aquella próspera y expansiva actividad minera. Esto es, para decirlo crudamente, no aparecieron individuos o grupos capaces de cosechar todos los frutos de la guerra.

Por vía de esta observación caemos al discutido aspecto de la «capacidad empresarial», y en relación a ella nos damos cuenta de las facetas cuantitativas y cualitativas del problema. Respecto a las segundas, la experiencia anterior y otros indicios que han sido documentados nos demuestran que no se carecía de empresarios criollos, pero que éstos, en su abrumadora mayoría, poco tenían del organizador de factores productivos y agente del progreso técnico, característico de la sociedad capitalista. Un caso típico es el del famoso «descubridor del salitre» y precursor de la industria que fue José Santos Ossa, cuya regla, al decir de su principal sostenedor financiero, consistía en encontrar nuevos yacimientos, montar una explotación... y seguir adelante. Por otro lado, está la circunstancia que el control nacional de esa actividad habría requerido una cantidad de empresarios que excedía en mucho a los que se habían interesado, con las anteriores limitaciones, en la minería del nitrato.

No se nos escapa que estas apreciaciones tienen alguna connotación «fatalista». Pero el problema no debe mirarse desde ese ángulo. Lo que está en el fondo es que la naturaleza del desarrollo económico anterior y de la sociedad «tradicional» que le correspondía no establecieron las condiciones propicias para el control chileno de una actividad de gran envergadura y entroncada con el aparato comercial y financiero del intercambio mundial. En breve, la tarea le «quedó grande» al país.

El desplazamiento de los intereses nacionales de la minería del cobre se presenta con otras modalidades, pero corresponde en su sustancia al proceso anterior. A medi-

da que se fueron agotando las posibilidades de explotaciones fáciles, con bajas exigencias técnicas y elevados rendimientos, disminuyó la importancia de la actividad y se planteó la alternativa del inversionista extranjero. Cuando llega el capital norteamericano, lo hace a caballo de una transformación radical en la escala y en la tecnología, lo que no sucedió, dicho sea de paso, con el salitre, donde lo principal en la absorción extranjera fue la organización y la comercialización de una producción masiva. Es útil insistir que en la experiencia del cobre la deficiencia nacional clave no estuvo en la falta de recursos o de capital. La minería nacional fue extremadamente próspera durante bastante tiempo, pero jamás fue capaz de acumular y de mantenerse al paso de la innovación técnica y de las exigencias planteadas por reservas cada vez menos ricas. En suma, el complejo problema empresarial otra vez.

Retomemos ahora el hilo principal del trabajo.

Con las particularidades que se han expuesto, la fase de dinámico crecimiento hacia afuera, que con altibajos pero dentro de una tendencia ascendente se prolonga hasta la Primera Guerra Mundial, acarreó transformaciones importantes en la estructura social, acentuando la «diversificación» iniciada antes de la incorporación geográfica del salitre.

SE DESPLAZA EL CENTRO DEL PODER

La traducción visible de ese proceso se registra en la década del 20. Arturo Alessandri, político intuitivo que desertó de la extrema derecha, captó el desplazamiento del centro de poder que implicaba aquel fenómeno. Tomando pie en las convulsiones del sector exportador después de la Primera Guerra Mundial, movilizó y representó otra coalición de fuerzas, que empleó a la masa obrera del norte como «carne de cañón» electoral y que

impuso a la vieja oligarquía compartir su tutelaje con los grupos medios, hasta esa etapa manejados como comparsas, a menudo para cumplir los menesteres más ingratos¹². En verdad, Alessandri no pudo completar ese deslizamiento político, lo que cupo al dictador Ibáñez, que contrapesó la resistencia de la extrema derecha colocando al ejército en el otro platillo de la balanza¹³.

En esta coyuntura de la evolución chilena hay que detenerse nuevamente para examinar con más detenimiento la trastienda económica de esos cambios en el cuadro de las clases y los grupos políticos.

Lo que interesa subrayar es que aquella, por decirlo así, segunda y más »moderna« diversificación de la estructura social se manifestó y desarrolló prácticamente al margen de mutaciones correspondientes en la estructura económica del país. Como dijimos, en esencia sólo constituyó un subproducto del crecimiento vigoroso del sector exportador, primero, y de sus crisis y declinación, después¹⁴. Esto quiere decir que, a la inversa del modelo clásico europeo, la transformación acusada no tuvo su contrapartida »natural« en otra paralela de la estructura económica, que continuó siendo más o menos la misma en el auge y en la agonía. Mientras en el primer caso esos estratos básicos de la sociedad moderna —y sus expresio-

¹²Las primeras »facultades extraordinarias« dictadas a principios de siglo fueron pedidas por un ministro radical; a militantes de este partido cupo la responsabilidad de más de una represión sangrienta en la época.

¹³Es interesante subrayar esa alineación del ejército en el conflicto social, que se repite en ese período en algunos países de América Latina. En el caso chileno es preciso destacar que la impopularidad que acarrió a las fuerzas armadas la crisis de la dictadura en 1931 ha sido un factor importante en la marcada »neutralidad política« que manifestaron con posterioridad.

¹⁴La invención del nitrato sintético durante la Primera Guerra Mundial, significó la »campanada de muerte«, atenuada en la década del 20 por el flujo de créditos extranjeros.

nes políticas, que son las clases media y obrera— se desarrollaron al compás de la mutación característica de la »revolución industrial«, en Chile lo hicieron a espaldas de cualquier alteración sustantiva del sistema productivo, salvo en lo que respecta al enclave capitalista —exportador en la minería—, y aun en este caso con las excepciones de su naturaleza dependiente y primaria.

Dicho lo anterior es posible evidenciar las dos disociaciones sobresalientes en la realidad chilena de ese tiempo. La primera es la delineada en el párrafo anterior, esto es, la contradicción entre una estructura »subdesarrollada« y una organización sociopolítica »avanzada«. La segunda emerge del contraste entre esa estructura del sistema económico y el nivel y composición de la demanda nacional, contraste que resumió el rector Molina en su famosa sentencia: »Somos civilizados para consumir y primitivos para producir«. Como bien se sabe, esta segunda disociación era resuelta con el intercambio de materias primas por bienes elaborados y otras importaciones¹⁵.

Estos fenómenos asoman igualmente en otras experiencias latinoamericanas, especialmente en los países del Atlántico Sur, aunque en éstos probablemente fue menor la disociación entre aquellos elementos económicos y sociales. Lo particular de Chile, a nuestro juicio, está en dos cosas. Por un lado, en que los factores antes

¹⁵Es interesante replantear este análisis en términos de categorías marxistas bien conocidas. Como vemos en la experiencia chilena, cambios en la base económica, dentro del modelo de desarrollo hacia afuera, condicionaron otros en la »superestructura«. Pero los primeros no provinieron en lo sustancial del »modo de producción«, que, por decirlo así, se alteró »cuantitativamente« o en extensión y no »cualitativamente« o en profundidad. O, dicho de otra manera, las »relaciones sociales de producción« evolucionaron en el sentido de la organización capitalista, pero el fenómeno no tuvo contrapartida en el sistema económico desde el ángulo fundamental del progreso tecnológico y de los ajustes y mutaciones típicas de la »revolución industrial«. Se estableció el techo sin haber construido los cimientos del proceso.

mencionados hicieron emerger una organización socio-política extraordinariamente »sofisticada«, por completo »a la europea« o, mejor, »a la francesa«, al menos en su forma y grandes lineamientos, lo que no ocurrió en la Argentina, el Brasil o el Uruguay. Por el otro, en que la estructura económica, o sea la supuesta base material de todo aquel andamiaje, se modificó menos en Chile que en los países nombrados. No puede olvidarse, por ejemplo, que la industrialización comenzó en ellos a la vuelta de siglo, débilmente sin duda, pero con cierto paso persistente. En cambio, en Chile parece haber habido hasta un retroceso en la fase que precede a la Primera Guerra Mundial¹⁶. Finalmente, está el hecho ya examinado de la propiedad extranjera del sector minero, y la consiguiente filtración de recursos hacia afuera.

EL GOLPE DE LA »GRAN DEPRESION«

La »gran depresión«, como se sabe, golpeó con más fuerza a Chile que a cualquier otra economía exportadora en el mundo. Esto tiene que mirarse contra el telón de aquellas contradicciones agudas antes destacadas. En suma, la ruptura del sostén económico »dejó en el aire« a la organización social y a las expectativas económicas que habían surgido de él; ni el cuadro político ni los patrones de gastos tradicionales tenían cabida en tal coyuntura. Sin embargo, la propia estructura socio-política creada impedía »volver atrás« o aceptar las consecuencias del encogimiento de la base exterior, como ocurrió en los países menos desarrollados de la región.

No es raro, por lo tanto, que los primeros años de post-crisis hayan sido marcados por una gran conmoción, que estalla en una inflación aguda y hasta en una »repú-

¹⁶Véase A. Pinto, *Chile, un caso...*, ob. cit.

blica socialista« de cien días. Sería largo especular sobre las razones por las cuales no prosperó una salida radical. Aparte de muchos problemas »subjctivos«, como la ingenuidad política de los aprendices de revolucionarios, presos de esquemas foráneos calcados del experimento ruso, quizá el principal obstáculo para ello fue la tremenda y congénita debilidad del sistema económico o, si se quiere, del legado del »crecimiento hacia afuera«. Por otro lado, la propia »diversificación social« y el consiguiente peso de los »grupos medios« hizo más viable el expediente de una alianza de la derecha y de esos elementos. Aterrorizados por el desorden emergente, los sectores partícipes del antiguo orden constituido se unieron para establecer »disciplina«. Había que »ordenar« el reparto de la torta disminuida, salvando para los mejor situados todo lo que fuera posible. Las clases obreras, desorganizadas por la crisis del sector exportador, donde tenían su fuerza, no pudieron más que doblegarse ante la ofensiva.

Sin embargo, el nuevo arreglo, con su cimiento económico gravemente debilitado, no podía satisfacer por mucho tiempo a esos grupos medios representados por los partidos Radical y Demócrata. La restricción de la actividad del Estado, impuesta por el decaimiento del sector exportador y la ortodoxia financiera, fue el principal factor de alejamiento.

Pero hubo algo de influencia más decisiva en la coyuntura final del decenio del 30: el cambio en las circunstancias políticas externas. No hay para qué recordar cosas bien sabidas; baste señalar que la expansión del fascismo aproximó en todas partes a »demócratas« y »marxistas«. Unos relegaron transitoriamente su anticomunismo a segundo plano y los otros adoptaron una versión más holgada de la lucha de clases, subordinándola a la acción contra el »enemigo común«.

Chile es uno de los pocos países donde ese nuevo cuadro exterior se tradujo formalmente en la creación de un Frente Popular. Estaban dadas, o eran propicias, las condiciones internas: existía la estructura partidaria para tal alineación de fuerzas y, por otra parte, la oportunidad coincidió con el divorcio creciente entre los grupos medios y la derecha al cual aludimos más arriba.

Antes de analizar más a fondo la fase apasionante que se abre con el triunfo del Frente Popular en 1938, valgan algunas acotaciones marginales.

En primer lugar, está el hecho que la alianza derechista perdió por unos pocos miles de votos, aunque, claro está, disponía de la maquinaria del gobierno, que en ese entonces pesaba más que en el presente. Su derrota se explica tanto por cuestiones de personalidades —su candidato era la imagen ostentosa de la «soberbia oligárquica»— como por la incomprensión derechista de las repercusiones del cuadro internacional¹⁷. De todos modos lo que interesa mantener a la vista es el poderío relativo de la combinación.

El otro aspecto digno de ser registrado es que el Frente Popular, para constituirse electoralmente, debió suavizar al extremo todas sus implicaciones izquierdistas, entregando de hecho el control del movimiento a la fracción conservadora y terrateniente del radicalis-

¹⁷ La derecha nunca fue «infiltrada» mayormente por los fascistas; a pesar de sus simpatías por Franco, resultaron más poderosos sus lazos económicos y culturales con la coalición occidental. El partido nazi que surgió en Chile a mediados de la década del 30, tuvo su base en la clase media profesional. Fue seguramente, junto a la de los integralistas del Brasil, la organización de ese tipo más fuerte e influyente que actuó en la región. Otro signo sugerente de la aptitud chilena para calcar las formas políticas europeas.

mo¹⁵. Como sucede en estas alianzas, «el mínimo común denominador» fue encontrado en el ala más de-rechista.

A la distancia, y por comparación con gobiernos posteriores, los primeros años «frentistas» son recordados con afectuosa nostalgia por los chilenos de avanzada. Pero es necesario penetrar un poco tras la fachada para examinar los nexos y mutaciones socioeconómicas del período.

Desde el ángulo de los cambios sociales parece evidente que lo principal y duradero de la experiencia fue la oportunidad que estableció para la irrupción y crecimiento de las organizaciones políticas representativas de la masa obrera, incluso la campesina, que quizás por primera vez hizo sentir su presencia en el litigio democrático. En verdad, como ya vimos, el proletariado minero y urbano venía gravitando desde antes, pero no como fuerza independiente y legitimada. Las nuevas circunstancias permiten expandirse extraordinariamente a los partidos Socialista y Comunista. Vale la pena consignar que en las elecciones parlamentarias de 1941, esos dos partidos alcanzaron nada menos que el 32% de los votos. En otras palabras, la izquierda marxista llegó a controlar casi la tercera parte del electorado oficial, o sea, sin considerar analfabetos. Huelga decir que en ningún país latinoamericano ha llegado a darse un fenómeno semejante.

Sin embargo, y hé aquí el significativo reverso de lo anterior, aquella marea izquierdista alteró apenas el «sistema de poder», por lo menos en el sentido de transferir a los representantes de la masa popular alguna parte de la influencia efectiva en el manejo del país.

¹⁵El Partido Radical, a pesar de haber llegado a ser la organización principal de la clase media urbana y burocrática, tuvo desde su origen fuertes soportes en la minería nacional y en terratenientes al sur de la zona central.

A propósito de esta realidad, en ese entonces, como después en otras coyunturas, fue muy corriente el decir que »la izquierda había ganado el poder político, pero no el económico«. Si se entienden las cosas en su acepción sustantiva resulta más apropiado sostener que a pesar de los resultados electorales y la conquista de posiciones burocráticas, generalmente secundarias, la izquierda no llegó a tener siquiera el efectivo »poder político«, esto es, los comandos de decisión, cosa que habría sido compatible con el dominio de la derecha sobre el sistema privado de producción, esto es, con su »poder económico«.

Lo anterior es explicable si tenemos en cuenta circunstancias ya mencionadas: el estrecho triunfo del Frente Popular, la influencia del ala conservadora del radicalismo, la »moderación« política de la izquierda antifascista y la derivación natural de todo esto: la alianza de hecho de esa fracción rectora del partido de la »clase media« con los representantes o mandatarios de la derecha.

Empero, no debe subestimarse lo planteado más arriba: el Frente Popular, al abrir camino despejado a los partidos jacobinos de la izquierda, cambió el balance de poder del país. Desde luego, la derecha perdió toda posibilidad cierta de ser cabeza o eje de combinaciones políticas. De ese período en adelante, sus únicas posibilidades residieron en actuar »desde atrás del trono« y servir de »segundo violín« en las diferentes asociaciones imaginables¹⁹.

LOS CAMBIOS ECONOMICOS

¿Qué pasa entretanto en la base económica de este pe-

¹⁹El triunfo de Jorge Alessandri en 1958 parece refutar el aserto. Pero no hay tal; él se debió a la división del electorado en cuatro posiciones, y aun así, al hecho que apareciera como una figura independiente.

río, que un poco arbitrariamente podemos abrir con la crisis y cerrar con la postguerra, entendida ésta en un sentido lato?

En contraste con las etapas anteriores, aquí podría decirse que, en alguna incierta medida, hay consonancia entre las transformaciones acaecidas en el nivel sociopolítico con las que tienen lugar en la base económica.

Para corroborar este aserto tenemos que partir de aquellas dos disociaciones básicas antes planteadas. Y desde ambos ángulos es posible discernir una atenuación de las disparidades.

Lo fundamental, sin duda, es que se modificó el punto de referencia, la estructura productiva.

Por una parte, desde el lado de la »contradicción económica«, ocurre una diversificación del sistema, que se acomoda más cercanamente al patrón de la demanda, esto es, se eleva la capacidad interna para satisfacerla o, dicho de otro modo, según la nomenclatura del rector Molina, se hace más »civilizada«, menos primitiva, respecto a los requerimientos domésticos. Esto se manifiesta concretamente en la aparición y desarrollo de una serie de actividades que sustituyen importaciones y que, por lo tanto, permiten cubrir internamente esa demanda que ya no se puede llenar con el intercambio de bienes primarios por manufacturas. En resumen, es la industrialización y sus efectos complementarios.

Sucede algo semejante en referencia a la disociación entre las formas sociales y la base económica, por cuanto las mutaciones descritas amplían el cimiento productivo de los grupos medios y de la clase obrera. La diversificación económica acarreada por la crisis del sistema exportador y las restricciones de los años de la guerra derivaron en un aumento de la concentración urbana y del empleo en la industria y en las actividades conexas. Por otro lado, aunque la política general es amplia-

mente favorable a la minería extranjera de exportación (se le mantiene un tipo de cambio ventajoso y se admite, en aras de la "colaboración al esfuerzo antifascista", la congelación del precio del cobre por los Estados Unidos), se consiguió por la vía de la tributación mejorar la participación del país en el ingreso externo. Esto amplía la base material y se une a una expansión sostenida del gasto y de los servicios públicos. En síntesis, todas condiciones auspiciadoras para fortalecer y arraigar la presencia de los grupos medios y obreros, sin olvidar que el proceso permitió insinuarse con alguna faz propia a un embrión del empresariado industrial, que parecía diferenciarse de la derecha convencional.

En la leyenda política chilena se ha establecido una relación causal axiomática entre la evolución económica de esos años y el cambio político. No hay duda que ella tiene algunos fundamentos válidos: el mayor énfasis en la participación del Estado, el incremento de la demanda fiscal, los esfuerzos para mejorar el ingreso asalariado, constituyen elementos significativos del cuadro.

Sin embargo, también hay que justipreciar otros factores. Por de pronto está la gravitación decisiva de la coyuntura exterior: restricción de importaciones, alza del volumen de exportaciones, estímulo consiguiente y "obligado" de la sustitución industrial. La mejor comprobación de tal influencia se encuentra en el hecho que en toda América Latina, y con diversos regímenes políticos, se manifiestan parecidas tendencias.

Por otro lado, el repaso de las inquietudes y direcciones políticas de esa fase induce a pensar que tanto los medios de izquierda como los de derecha tuvieron una conciencia muy vaga de lo que estaba ocurriendo o debía ocurrir en el sistema económico. Si se mira hacia los contingentes del Frente Popular, fácil será apre-

ciar que mientras el ala jacobina concentró sus miras en la política internacional y en las medidas redistributivas, el ala radical-demócrata se dedicó a reforzar sus posiciones en el aparato estatal y a penetrar con esa llave en la fortaleza económica de la derecha, a través de las instituciones de crédito, controles de cambios, empresas mixtas y otros arbitrios similares.

Claro está que también hubo decisiones en pro del desarrollo y una Corporación de Fomento, precursora en América Latina. Pero la historia fidedigna de estas iniciativas indica que su nacimiento, más que a las directivas políticas »frentistas«, estuvo vinculado a un grupo de funcionarios y »tecnócratas«, en su mayoría ingenieros, que les dieron forma y las impulsaron, aprovechando el respaldo personal de algunos monitores, como el propio Presidente Aguirre Cerda. Sintomático de esta realidad es que la mayor parte de los hombres claves en las decisiones sobre fomento económico, y en el manejo de las instituciones creadas, fue de extracción derechista. Esto no implica ningún abono para los partidos conservadores, que se opusieron cerradamente a esa orientación, aunque con posterioridad no tuvieron empacho en participar y en beneficiarse con ella.

LA CRISIS DEL »FRENTISMO«

No se descubren nexos obvios entre el desarrollo económico y la crisis de la coalición »frentista«, que culmina abruptamente en el primer codo de postguerra. La dirección de los hechos económicos no se modificó mayormente; incluso algunas de las realizaciones más significativas del período, como la siderurgia de Huachipato y la refinería de petróleo, pertenecen a la fase cuando ya la influencia popular era mínima en el gobierno; lo que ocurrió es que restaban el impulso y el modelo, ya con

muchos intereses atrás. Al igual que en otros países latinoamericanos, ni las mutaciones políticas ni el mejoramiento transitorio del sector externo pudieron revertir el proceso, aunque en muchos disminuyera su ritmo.

Un antecedente sobresaliente en la erosión de la alianza »frentista« es la creciente solidaridad del ala derecha radical con los intereses propietarios. El intervencionismo estatal, en lugar de crear conflictos, estableció puentes entre esas fuerzas. Los consejos de los organismos de fomento, los directorios de empresas parafiscales y de agencias de control cambiario o crediticio, resultaron sitios propicios para olvidar las proclamas políticas que se recitaban en el exterior y para encontrar los muchos puntos de conveniencia común. Todo esto, dicho sea de paso, ante la casi completa indiferencia o desconocimiento de la »izquierda oficial«.

Al tocar este tema resulta oportuno volver sobre una referencia que se hizo de pasada a propósito de la flexibilidad de la derecha chilena, condición que tiene mucho que ver con el fenómeno arriba descrito.

Esa flexibilidad se ha manifestado en dos planos principales. Por un lado, en el político, donde resalta su disposición para acomodarse a nuevas situaciones, cambiando la lucha frontal de un comienzo por la retirada posterior a líneas más fuertes, susceptibles de cuidar sus intereses primordiales. Para el éxito de esa conducta ha sido decisiva la expresión social de su ductilidad, esto es, la aptitud para atraer y recibir a los elementos que sobresalen en los cuadros ajenos y que, por supuesto, son asequibles. En Chile ha hecho historia, y ha pasado a ser un personaje característico de su constelación política, el joven rebelde de pequeña o media burguesía, por lo general provinciano, que es progresivamente »asimilado« por la derecha, aunque ello no implique mudanza en su afiliación partidaria. El fenómeno, como es evidente, se aceleró y extendió grandemente con

los cambios en el »balance de poder«. La llamada oligarquía abrió más sus puertas, consciente que por ese medio podía contrarrestar su debilitamiento y abrirse paso más expedito hacia las oportunidades creadas por la intervención estatal. Los otros, a su vez, siguiendo antigua tradición, no vacilaron en trocar influencias o poder por lustre social. Un aspecto digno de subrayarse es que rara vez los escaladores provinieron de o se transformaron en empresarios. La abrumadora mayoría de los políticos que entró al »mundo de los negocios« lo hizo en calidad de consejero, abogado, asesor o cualquier función similar, teniendo como título esencial su acceso y contactos con los mecanismos del Estado.

A posteriori es fácil ver que sólo una política resuelta sobre tenencia de la tierra, v. gr. una Reforma Agraria, podría haber distanciado a radicales y a derechistas o, si se quiere, aproximado a los primeros y a la izquierda. Pero en este punto, aparte de reiterar la afinidad del ala dominante en el radicalismo con la derecha, que componía un balance de poder contrario a tal reforma, hay que dejar en claro que los partidos Socialista y Comunista, en lo principal urbanos y mineros, tenían un lazo puramente ideológico con campesinos y pequeños propietarios, con quienes no lograron forjar eslabones firmes.

Si examinamos ahora el asunto atendiendo a la »masa radical«, hay que tener en cuenta que el sistema imperante, en ese tiempo y con posterioridad, en general mejoró su *status* y su nivel de vida. Este es un hecho obvio que los izquierdistas no quisieron enfrentar, obnubilados por un esquema donde se dividía tajantemente al radicalismo entre una »minoría reaccionaria« y una »mayoría pauperizada y progresista«. Lo efectivo, sin embargo, es que una gran parte de los grupos medios vinculados al sector público y privado, a la vez que elevaron sus condiciones de existencia, ampliaron la

brecha que los separaba de la base obrera. Cualquier breve análisis de la evolución de sueldos y salarios o de la legislación social basta para corroborar ese fenómeno, que se refleja en todos los planos; en la educación, por ejemplo, con el inusitado incremento de la secundaria *vis à vis* con el atraso o escaso avance de la primaria. Claro está que estas disparidades afectaron con menos claridad a los grupos obreros más organizados que pudieron, en alguna medida, mantener el paso. Y como los partidos de izquierda estaban principalmente vinculados a ellos, esto puede explicar la indiferencia de los mismos ante la progresiva diferenciación entre empleados y obreros en Chile, que es probablemente la más marcada que se registra entre los países más desarrollados de América Latina, por lo menos.

En estas circunstancias, no había causa valedera para que la "masa radical", y sus esporádicos líderes, siempre figuras de segundo orden, se levantara contra su derecha. Por lo mismo, siguió con indiferencia, cuando no con alivio, el desalojamiento de sus ex aliados "frentistas".

Al concentrar la atención en los factores más políticos de la crisis del Frente Popular, vamos a examinar de preferencia los que tienen que ver con los partidos de izquierda, Socialista y Comunista. Y aquí pueden destacarse varios aspectos.

LOS PARTIDOS MARXISTAS

El primero se relaciona con un elemento ya indicado: en conjunto, esas organizaciones resultaron incapaces de sobrepasar los objetivos puramente distributivos, y que, en definitiva, favorecían de manera preponderante a los grupos más organizados del universo asalariado. Con eso fueron constriñendo su plataforma de

apoyo, tanto más que esa conducta tenía implicaciones inflacionarias perjudiciales para el resto mayoritario de los asalariados.

Si se cala más a fondo en este punto, es posible discernir un fenómeno común a los partidos de ideología revolucionaria que, por una razón u otra, tienen que ajustar su acción al marco institucional existente. Enfrentan el desafío de promover reformas sin devenir «reformistas», en el sentido castrado de la palabra. A la postre, como ha sucedido habitualmente, o caen en la trampa, o abandonan, o son desplazados del esquema por su impotencia para cerrar la brecha entre la doctrina y las posibilidades objetivas de la situación. Miradas las cosas desde este ángulo, adquiere mayor importancia la renuncia de las fuerzas izquierdistas para elaborar una alternativa de «desarrollo económico nacional», que asociara lo inevitable, o circunstancialmente necesario, de un modelo tolerante de la empresa privada con la creación de bases y la apertura de caminos que perfilaran un norte más afín a sus convicciones.

El segundo aspecto que deseamos poner de relieve se relaciona con la «ascensión y caída» del partido mayoritario del ala izquierda «frentista», el Socialista. Quien examina la experiencia chilena comprobará que durante esa fase irrumpió uno de los pocos *partidos* verdaderamente «de masas» que ha habido en América Latina, con la ventaja respecto a otros movimientos (como el peronismo o el getulismo) de una mayor consistencia ideológica. Llegó a representar por sí solo casi el 20% del electorado, y su gravitación aparente excedía ese porcentaje. Entre 1941 y 1945, sin embargo, su número disminuyó al 12% y el declive continuó en los años posteriores; a fines del decenio era una organización por completo marginal²⁰.

²⁰Cambia este cuadro en el siguiente decenio, que no se considera en esta parte del trabajo.

Sólo podemos intentar un bosquejo del fenómeno, que probablemente tiene puntos de contacto visibles con lo ocurrido en otros países latinoamericanos.

Aparte de la rapidez de su crecimiento, que tiene lugar en menos de una década, lo que más interesa en el socialismo de esa etapa es su división en dos corrientes principales: una de inclinación »socialdemócrata«, y otra apegada al »trotskismo«. Huelga decir que ambas eran enérgicamente anticomunistas, actitud que se alimentaba en la pugna ardorosa por el control del mundo sindical. Aunque en este partido repercutieron algunos ecos de la experiencia mejicana y del ideario aprista, nunca llegó a delinearse una traducción chilena de las grandes categorías doctrinarias. De este modo, la alienación ideológica, aunque en menor grado que respecto a los comunistas, fue un factor de importancia en su incapacidad para encontrar respuestas nacionales.

Sobre el trasfondo de aquella división de corrientes se pueden discernir las dos fuerzas opuestas que corroyeron la organización. Por un lado, se manifestó la descomposición moral y política de quienes olvidaron las reformas en el lecho de Procusto del »reformismo«. Por el otro, la ineffectividad y la frustración de quienes no podían conjugar su postura verbalmente revolucionaria con el marco básico de la coyuntura. Los dos grupos, tirando cada uno para su lado, terminaron por destrozar la estructura partidaria.

Por último, cabe analizar el papel del Partido Comunista en el proceso. Aunque en escala menos pronunciada que en el caso anterior, ese partido también experimentó un desgaste pronunciado en el período, que contribuyó a reducir la gravitación de la izquierda en la constelación política. Entre 1941 y 1945, su votación bajó de 65.000 a 46.000 votos y su cuota electoral del 14 al 10%. Respecto a esta declinación, que lo mismo que en el caso socialista envuelve la pérdida de una gran

oportunidad, la razón principal parece estribar en el peso abrumador que tuvieron las »variables externas« en su pauta de conducta; los cambios de la situación internacional fueron la brújula de todos sus movimientos estratégicos y tácticos.

En tanto el cuadro exterior reclamaba la acción común contra el nazismo, todas las contradicciones internas se relegaban y con ellas también la posibilidad de cambios progresivos. Asimismo, cuando mudaron las circunstancias, los alineamientos y exigencias de la »guerra fría« pasaron a subordinar cualquier particularidad del panorama nacional. No es el momento de abundar sobre esta cuestión por demás discutida. Sólo nos interesa señalar que ella implicó para los comunistas una meridiana »pérdida de contacto« con la masa popular, tanto o más preocupada de los nuevos problemas y opciones nacionales que de los lejanos, aunque vitales, eventos extranjeros.

Como se ha visto, el comprensible deslizamiento radical hacia la derecha, sumado a la disminución de influencia de los partidos Socialista y Comunista, causaron el eclipse del Frente Popular; pero lo curioso es que no hubo rompimiento estruendoso. Más aún, combinaciones que de hecho o abiertamente se montaron sobre acuerdos entre radicales y los partidos de izquierda se prolongaron hasta fines del decenio. Sin embargo, se rompe el nervio de esas alternativas, el pacto de radicales y comunistas —y violentamente, en 1947—, precisamente después que ambos partidos se habían unido para elegir Presidente a González Videla. La razón es clara: así como las circunstancias internacionales fueron decisivas para la aparición de combinaciones »frentistas«, así también el término de la alianza contra el nazismo y la siguiente »guerra fría« resultaron más influyentes para su crisis que cualquier factor interior.

Recapitulemos ahora, para terminar esta parte, el lado económico del proceso.

Dijimos antes que en el período que se abre después de la crisis y especialmente después del estallido de la guerra, la estructura productiva se modificó apreciablemente en el sentido de corresponder más de cerca a la «diversificación» social y política. Pero estos términos y su vinculación hay que entenderlos en su realidad dinámica. Esto es, si la primera se hizo más «moderna», también se acentuó la complejidad y «sostificación» del cuadro social con la gravitación abierta de los grupos medios y obreros y sus organizaciones políticas. Se planteó así una «carrera» entre ambos planos, que puede sintetizarse en una competencia entre el ritmo del desarrollo económico y el del «desarrollo político».

EL FRUSTRADO «TERREMOTO» IBAÑISTA

Quienquiera que hubiera analizado las circunstancias chilenas en los años que eslabonaron el decenio del 40 con el siguiente podría haber presumido que la ruptura del radicalismo con la izquierda daría origen a una alternativa política obvia y, en cierta medida, existente de hecho: la alianza del partido de centro con la derecha.

Los perfiles de la coyuntura parecían muy propicios para ese enlace. La guerra de Corea causó una expansión considerable del comercio exterior, que se propagó a toda la economía por la vía de los gastos fiscales y los créditos privados. Por otro lado, en parte por ese factor y más aún por haber «madurado» algunas inversiones principales iniciadas en años anteriores —sobre todo en la planta de acero de Huachipato—, tuvo lugar un verdadero salto en la producción industrial. En principio, pues, estaban dadas las condiciones

para una salida conservadora que implicara una consolidación del nuevo *establishment* sociopolítico que se había gestado en el segundo quinquenio de la década del cuarenta.

Sin embargo, la realidad demolió estruendosamente tan razonables perspectivas. A fines de 1952, el ex dictador Ibáñez, sin contar con el apoyo de ninguno de los grandes partidos, arrasó con sus rivales y con la llamada «voz de las cifras».

A la distancia se pueden recapitular con alguna certeza las raíces del «fenómeno Ibáñez», las cuales, dicho sea de paso, nunca quiso estudiar o comprender el oficialismo político²¹.

En el fondo podría distinguirse la fusión de dos elementos claves: una personalidad carismática y la masa heterogénea de los «marginados» de todas las capas sociales, unidos nada más que por su descontento y separados por las más opuestas interpretaciones respecto al sentido e implicaciones de su candidatura común.

Esta combinación de elementos se manifestó con claridad en los primeros años del fascismo y del nazismo, pero no es extraña a América Latina. Perón y Janio Quadros son dos nombres que vienen de inmediato a la memoria, que asocian una parte de la extrema derecha, que anhela un orden autoritario, y a la masa despolitizada, atraída por las facetas populistas, convergiendo ambas corrientes en la antipatía por el «juego político» tradicional y por la inmoralidad en los asuntos públicos. Tampoco es una coincidencia que tanto Ibáñez como Quadros levantaran como emblema una escoba.

Para esclarecer la relación entre los términos básicos del fenómeno vale la pena recordar que Ibáñez, once años antes, había intentado reaparecer en la política

²¹ ¡Una figura sobresaliente del radicalismo lo interpretó como una manifestación de «450 mil tontos»!

como candidato de la derecha contra el representante radical Juan Antonio Ríos, que agrupó al frentismo y a una fracción liberal y consiguió derrotarlo con amplitud. De nada valieron entonces el magnetismo del general y las evocaciones del «Chile nuevo» de los eufóricos años finales del decenio del 20, lo que es prueba suficiente de que «el horno tiene que estar para bollos» para que irrumpan los caudillos providenciales.

Evidentemente, si en 1941 las condiciones reinantes no eran apropiadas, las cosas mucho habían cambiado en 1952: el mito personalista brotó en terreno abonado.

Una razón meridiana fue el desgaste del radicalismo después de casi tres lustros en el poder. Si bien los años postreros (1950-52), como dijimos, se caracterizaron por el dinamismo relativo de la economía, ese *boom* transitorio no consiguió atenuar el disgusto de gran parte de la opinión pública con un régimen que se estimaba huérfano de ideas, carente de solvencia moral, frívolo y zigzagueante. Por otro lado, las ganancias eventuales de esa fase pasaron desapercibidas ante el recrudecimiento de la presión inflacionaria, originado por elementos económicos bien notorios, pero ligado también directamente al debilitamiento de la plataforma política del gobierno y al acosamiento de sus enemigos desde todos los ángulos ante la proximidad de otra elección presidencial.

Hay otro aspecto en la historia del vendaval ibañista que merece recuerdo y análisis: la división de sus adversarios en tres corrientes, que disputaron tanto entre sí como con el triunfador²².

La significación de este aspecto no radica, a nuestro juicio, en que otra composición de fuerzas podría haber

²²La derecha levantó a Arturo Matte Larraín; radicales y democristianos, a Pedro Enrique Alfonso; y los comunistas y una parte de los socialistas, a Salvador Allende. La otra fracción socialista apoyó a Ibáñez.

cerrado el camino a la victoria de Ibáñez. Lo que interesa destacar, en cambio, es la reiterada demostración de miopía política ofrecida en esa instancia por los partidos de derecha y el radicalismo. Y decimos reiterada, porque ya en 1946 había ocurrido algo similar²³.

En verdad, existían, como se ha visto, condiciones objetivas meridianas para que radicales y derecha llegaran a un acuerdo. Esto se reflejaba hasta en la personalidad de sus candidatos. El radicalismo había elegido a una de sus figuras más conservadoras, amén de respetables. La derecha había salido de sus yermos cuadros partidarios para levantar un candidato ligado a las finanzas y a la industria, de visión social amplia y que había colaborado con gobiernos radicales anteriormente. Sin embargo, pudieron más los exclusivismos partidarios y la insensibilidad respecto a lo que estaba ocurriendo en el subsuelo social con el catalizador ibañista. Es, sin duda, un ejemplo típico, y además representativo, del peso que tiene en Chile la estratificación partidaria.

Por otro lado, debe subrayarse que el divorcio de los sostenes del «orden constituido» infló las proporciones de la victoria de Ibáñez, creando el espejismo de una onda arrolladora que lanzaba por los aires todo lo existente.

La realidad, más allá de los cómputos electorales era diferente. El Chile «oficial», de derecha, centro e izquierda, estaba desarticulado y atónito, pero las circunstancias objetivas e institucionales en que afincaba sus raíces ciertamente no habían desaparecido. Más aún, si el peligro no los había unido antes, él estrechaba ahora sus filas, asociando también a la extrema izquierda,

²³En las elecciones de ese año los partidos de derecha se dividieron entre Eduardo Cruz Coke (conservador) y Fernando Alessandri (liberal). Una fracción radical apoyó al segundo, en tanto que el grueso del partido respaldó a Gabriel González.

que tenía pesadillas con el fantasma de una segunda edición de la dictadura.

Vale la pena anotar que la realidad descrita se encontraba reforzada por una característica del proceso político que, por desgracia, no es exclusiva de Chile. Nos referimos al hecho que no estando sincronizadas las elecciones presidenciales con las de parlamentarios y regidores, es corriente que cada mandatario elegido tenga que lidiar con agrupaciones hostiles, o, por lo menos, divorciadas de la combinación que llega a La Moneda. El sistema, aparte de reducir el dinamismo de los nuevos gobiernos en su coyuntura más propicia, es un horno auspicioso para calentar tensiones y abrir camino a todos los juegos paralizantes de la politiquería personal y de capillas.

Con ese cuadro al frente, es razonable presumir que la única oportunidad hipotética que tenía el ibañismo para asentar su triunfo residía en aprovechar el golpe electoral para desencadenar en seguida una acción de corte revolucionario capaz de montar las bases de otra estructura de poder.

Pero esta alternativa encaraba obstáculos diversos y poderosos. El primero, de naturaleza política, ya fue delineado: la "santa alianza" emergente de todas las agrupaciones que, por razones distintas, querían defender la institucionalidad vigente.

El segundo, también mencionado antes, provenía de la debilidad orgánica del movimiento triunfante; macizo en apariencia, pero heterogéneo hasta la caricatura, sin equipos dirigentes y carente en absoluto de cualquier esquema o programa de conducta.

Por último está el hecho que la situación económica se deterioró abruptamente en 1953. El comercio exterior perdió entonces el impulso originado en el conflicto de Corea y sufrió las consecuencias de la segunda contracción de la economía de los Estados Unidos de post-

guerra. Gobierno y Congreso, como de costumbre, habían girado sin prudencia sobre las ganancias del auge anterior, de modo que la mudanza de circunstancias causó un efecto considerable, acelerándose el ya fuerte ritmo de la inflación.

Se planteó, en consecuencia, un dilema vital para el régimen cuyas dos alternativas levantaban incógnitas amenazadoras. Si rompía los moldes constitucionales para iniciar una transformación radical de las condiciones generales, encaraba el peligro de consolidar en su contra a todos los grupos políticos tradicionales, desde conservadores hasta comunistas. Si, por el contrario, perdía la primera hora de máxima popularidad y de menor vigor relativo de sus opositores, y amoldaba su gestión a los canales institucionales establecidos, se exponía a la inevitable maduración de las debilidades orgánicas del movimiento al cual nos referimos antes.

Los dirigentes del ibañismo zigzaguearon entre esas alternativas durante algún tiempo, tratando, en cierto modo, de combinarlas. Se manejaron la presión popular y amenazas más o menos veladas de cerrar el Congreso como un medio de arrancar de la mayoría opositora concesiones políticas. Hasta cierto punto, en una primera fase, esa táctica tuvo algún éxito; y como otros gobiernos anteriormente, el de Ibáñez consiguió extraer del Congreso una ley de facultades extraordinarias, que tuvo la misma suerte de otras: un alud de decretos y disposiciones inconexas que, aparte de crear, fundar o «reestructurar» organismos, no logró alcanzar la transformación «orgánica» del aparato público.

A la postre, sin embargo, el gobierno de Ibáñez debió entenderse con el sistema político tradicional. La aceleración inflacionaria de los años 1954-55 y sus secuelas políticosociales lo llevaron a una asociación de hecho con los partidos de derecha para realizar un programa antinflacionario diseñado por la misión Klein

-Saks y con amplio respaldo oficial de los Estados Unidos. Al final, la administración Ibáñez quedó prácticamente sin respaldo organizado de ninguna clase y con la oposición más o menos abierta de todas las fuerzas. Sin embargo, es digno de anotarse que la figura de Ibáñez no perdió por completo su popularidad. Algunos arrestos izquierdistas de la fase postrera de su administración —como la derogación de la ley de «defensa de la democracia» y la extensión de beneficios sociales, especialmente, la asignación familiar a los trabajadores del campo— ayudaron a mantener su contradictoria imagen «paternalista», conservadora en esencia, pero distante y hasta opuesta al cuadro de ideas y actitudes tradicionales de la derecha.

EL TRASFONDO SOCIAL DE LA ACELERACION INFLACIONARIA Y DE LAS POLITICAS ORTODOJAS DE ESTABILIZACION

La primera y gran irrupción de las masas «marginales» que ocurre con el ibañismo no tuvo contrapartida en ningún cambio correlativo en la estructura económica o en la tasa de crecimiento, que mengua sensiblemente a partir del primer trienio de la década del 50. De allí que la asociación de una más extensiva presión social y el empeoramiento de la coyuntura exterior en 1953 llevaron naturalmente a la aceleración del proceso inflacionario en 1954-55, para lo cual, claro está, también se sumaron los elementos políticos antes recordados²⁴. Otra vez, entonces, reaparece y con extremada fuerza la incongruencia de los movimientos en esos dos planos esenciales.

²⁴Salvo en los años inmediatos a la gran depresión, en este período se alcanzaron los incrementos de precios más elevados de la historia chilena, más de 70% para 1955 y más de 10% en los meses críticos.

Sin embargo, ese agudo desajuste no llegó a desbordarse, ni en »hiperinflación«, como muchos auguraban, ni en un estallido social, como otros suponían. En los hechos fue paliado (transitoriamente) con uno de los más drásticos y ortodoxos programas ensayados en América Latina y cuya pieza básica fue la disminución del porcentaje de reajuste de sueldos y salarios y el control de las remuneraciones²⁵.

Esa experiencia, ampliamente discutida en los medios económicos en términos de los enfoques »estructuralistas« y »monetaristas« de la inflación, no llegó a serlo desde el ángulo sociopolítico, a pesar de su interés e importancia indudables. En este plano, como de costumbre, la dirigencia política no fue más allá de las consabidas denuncias y defensas en términos de los »clisés« conocidos.

Había razón de sobra, empero, para entrar a fondo en el asunto. Antes que nada, por la extraordinaria pasividad de los medios asalariados frente a una decisión que vulneraba una de sus reivindicaciones más arraigadas frente al proceso inflacionario del país, como era la de los reajustes anuales según el alza de precios.

Repetimos que esta cuestión no mereció mayor atención, de modo que no están de más algunas hipótesis sobre lo que parece, a la distancia, tan difícil de entender. El asunto, por lo demás, tiene un interés más duradero, ya que en la administración posterior también se repite, aunque con menor intensidad, una compresión semejante en los aumentos nominales de remuneraciones sin que ello cause mayores tensiones sociales.

²⁵ El reajuste establecido sólo compensaba la mitad del alza en el costo de la vida. Sobre éste y otros asuntos del período, véase *La economía de Chile en el período 1950-63*, Instituto de Economía, Universidad de Chile.

A nuestro juicio, la situación descrita (que bien podría repetirse en otras coyunturas) podría explicarse a la luz de los efectos altamente discriminatorios de toda norma general sobre sueldos y salarios, tanto si ella pretende elevar las remuneraciones como si mira a su restricción. En lo que respecta a los grupos más organizados, que se desempeñan en el llamado »sector moderno« de la economía, difícilmente son alcanzados por las disposiciones antinflacionarias. Su mayor »capacidad de negociación« les permite defenderse, al igual que ello los convertirá en los mayores beneficiados en el caso de una política de signo contrario, como parece haber ocurrido en coyunturas más »progresistas«. La masa desorganizada que trabaja en las demás actividades tiene empleos precarios u ocasionales, se encuentra en una situación muy diferente, por no decir opuesta. Son los más perjudicados, en un caso, y los que menos pueden aprovechar en el otro, ya que son limitadas sus posibilidades de reaccionar en una y otra situación dada la debilidad estructural de su posición en el mercado de trabajo²⁶.

De este modo, las políticas restrictivas golpean con más fuerza a los más débiles, a los que tienen menos oportunidad para enfrentarlas, y, en cambio, afectan en menor medida (o en ninguna) a quienes se hallan en la otra situación. Esta parece ser la causa básica de la »viabilidad política« de algunos ensayos ortodoxos en América Latina. Como se comprende, si las repercusiones fueran de opuesto carácter, esto es, si afectarían y antagonizaran de preferencia a los grupos más organizados, sería muy difícil que las medidas restrictivas prosperaran, salvo por períodos muy breves o/y con una repre-

²⁶Que no es igual que en el »mercado político«, por lo menos en los grandes actos electorales y cuando se ha producido su incorporación política »primaria«. Se vuelve sobre este vital aspecto más adelante.

sión política considerable. Esta realidad y los eventuales efectos sobre el dinamismo del sistema económico y el nivel de empleo parecen constituir las contradicciones más flagrantes del tipo de política comentado y que no es posible examinar con mayor detenimiento en esta ocasión.

EL REGRESO DE UNA COALICION DERECHISTA

La consecuencia principal de la crisis del movimiento ibañista fue la recuperación completa de la estructura partidaria tradicional, ahora con una diferencia muy significativa: la aparición y el crecimiento vigoroso de otra organización centrista, el Partido Demócrata Cristiano. De este modo, la prevaleciente disposición »triangular« de las fuerzas —derecha, radicales, izquierda socialista-comunista— dejó paso a una »cuadrangular«.

Después de la elección de 1952 y a pesar de la frustración de la »revolución pacífica« del ibañismo y su contenido antipartidario, un observador distante habría imaginado que las organizaciones en pugna encontrarían los medios para superar la fragmentación y aglutinar bloques con mayores posibilidades de acción. En realidad, no parecía haber impedimentos esenciales para diversas combinaciones del centro y la derecha, suponiendo que la izquierda deseaba asentar su personalidad independiente y se encontraba separada de los otros grupos por sus definiciones frente a la política exterior.

Sin embargo, a la postre, aquella división cuadrangular se mantuvo, más por el peso de los celos partidarios y de los personalismos que por razones de profundas desavenencias en materia de perspectivas. Lo curioso es que, en cierto modo, desde el ángulo estrecho de sus consideraciones, todos salieron gananciosos.

La derecha, desde luego, consiguió imponer su candidato, quien, aparte de esas fuerzas, atrajo a una buena fracción del electorado independiente, y sobre todo femenino, con su reputación de austeridad y competencia. No sería errado suponer que algo del mito ibaísta o, mejor dicho, de lo que cierta masa esperaba de Ibáñez, se transfirió a otro perfil paternalista.

Los demócratacristianos, con su candidato Eduardo Frei, conquistaron una indiscutible posición como movimiento político. Los radicales, aunque relegados al cuarto lugar en la elección, afirmaron la recuperación de su maquinaria partidaria y se colocaron en lugar propicio para cualquier composición futura. Por último, la izquierda, por primera vez separada de sus antiguos aliados, emergió como la segunda fuerza electoral en el «cuadrado» político²⁷.

Como en la administración anterior, el nuevo Presidente inició su gestión con un gabinete que intentaba reflejar la composición de sus efectivos propios, ligado más a la «tecnocracia empresarial» que a la auténtica «derecha política», que de todos modos lo respaldaba. En el camino, sin embargo, también tuvo que volver al marco formal de las organizaciones partidarias, apoyándose en una combinación poderosa de radicales y derechistas, que se rompió al final de su período, más por cálculos políticos en relación a las conveniencias del Partido Radical frente a las elecciones presidenciales de 1964, que por conflictos serios en torno a la conducta gubernamental.

AMPLIACION DE LA PLATAFORMA ECONOMICA VIA COMERCIO EXTERIOR

A despecho de incidentes y accidentes de variable en-

²⁷ Los resultados de la elección de 1958 fueron los siguientes: Alessandri, 387.297 votos; Allende, 352.915; Frei, 252.168; Bossay, 190.832; Zamorano (independiente), 41.268.

vergadura y del acento conservador de las decisiones sobre remuneraciones —aspecto al que se aludió más arriba—, lo cierto es que la administración Alessandri navegó por aguas relativamente más tranquilas que las dos anteriores.

Una razón indudable del fenómeno estriba en la fuerza específica de la coalición gubernamental. Sin embargo, hay otros hechos quizás más significativos para el análisis de la cuestión. Uno y principal es que alrededor de 1959 se abre un período de continua y creciente dilatación del sector exterior, que no se ha interrumpido hasta la época de escribir estas líneas (comienzos de 1970). En otras palabras, el que había sido tradicionalmente el punto más vulnerable y »explosivo« de la estructura económica chilena pasó a ser su pivote más sólido²⁸. Dos factores bien conocidos permitieron una expansión de las transacciones exteriores: la bonanza en el mercado del cobre y el endeudamiento. El primero fue relativamente más importante en la segunda mitad de la década del 60; el otro, en la primera mitad.

La conjunción de ambos elementos permitió extraer a la economía chilena del marasmo que había seguido a la aceleración inflacionaria y al ensayo de estabilización de 1956-57. El aumento del gasto público y el programa de vivienda fueron las vías principales por las cuales se transmitió a la economía interna la dinamización del comercio exterior. De allí que en el período 1959-62 se registrara una sensible elevación de la tasa de crecimiento y una apreciable estabilidad de los precios, con las proyecciones sociopolíticas que es fácil imaginar.

Esta evolución, sin embargo, se interrumpió drásti-

²⁸ Bastan unas cifras para ilustrar este aspecto. Hacia la mitad de la década del 50, las importaciones fluctuaban alrededor de 350 millones de dólares. En el bienio final de la del 60 bordearon los 900 millones de dólares.

camente hacia fines de 1962. La demanda por importaciones, acrecentada por las disposiciones en favor de la »liberalización« del comercio exterior, venía sobrepasando desde meses atrás la acrecentada capacidad de pagos, llevando a una sustancial devaluación y a los consabidos efectos derivados: aceleración del alza de precios, disminución del paso de la actividad productiva, desfinanciamiento fiscal, intranquilidad social y, por último, erosión política del gobierno. En suma, se abría otro de los ciclos periódicos por demás identificados en la experiencia chilena²⁹.

De todos modos y aparte el hecho fundamental que, a la inversa de otras coyunturas similares, no hubo interrupción de la bonanza del comercio de exportación, lo cierto es que la crisis vino a tomar cuerpo cuando la atención de los grupos políticos estaba ya volcada hacia las »próximas« elecciones de 1964. Tampoco fue, sin duda, la primera vez que la perspectiva de un cambio de administración sirvió de balón de oxígeno a un gobierno en el ocaso y en dificultades.

Hay otro aspecto económico a considerar que, igual que el anterior, va a presidir la evolución de la década del 60. Nos referimos a la creciente importancia que adquieren las actividades vinculadas a la producción de los bienes de consumo duradero »pesados« o más costosos, por ejemplo, automotores, televisores, etcétera. No es ésta la oportunidad para examinar las múltiples repercusiones de ese fenómeno, que se repiten, por lo demás, alrededor del mismo período en muchos países latinoamericanos³⁰. Para los fines de estas notas basta destacar los siguientes elementos:

²⁹ Para un examen más amplio de esta fase véase otra vez el trabajo ya citado del Instituto de Economía de la Universidad de Chile.

³⁰ Sobre la materia, véase A. Pinto, »Diagnóstico, estructura y esquema de desarrollo en América Latina«, FLACSO, 1969.

- a) la relativa activación industrial y de otros sectores que ello implica;
- b) la influencia "conservadora" del acceso efectivo o esperado a tales bienes y que afecta en especial a los grupos medios y a los asalariados de mayor ingreso;
- c) la creciente "extranjerización" de las actividades más dinámicas que ello acarrea y que traslada y extiende el problema de la propiedad y el control foráneos de su centro tradicional (el sector exterior) a las empresas que trabajan para el mercado interno.

EL ESQUEMA POLITICOSOCIAL DEL GOBIERNO DE FREI

Es evidente que se carece de perspectiva para examinar adecuadamente la primera experiencia democristiana en la región. Sin embargo, es posible repasar los principales aspectos de su ascenso al poder y de algunas contradicciones que ayudan a explicar su desgaste hacia fines de la década.

En relación a otras contiendas político-presidenciales, la de 1964 presentó algunas diferencias sustanciales que conviene puntualizar, tanto más cuanto la apasionada y miope discusión cotidiana le ha prestado muy escasa atención.

El primer hecho que resalta es la *polarización* de fuerzas políticas. Fracasada la coalición derechista-radical y reducida la candidatura del radicalismo a un solitario "saludo a la bandera" con el objeto de mantener la precaria unidad del partido, se perfilan sólo dos grandes contendores: el demócratacristiano (Eduardo Frei), apoyado desde los bastidores por la derecha; y el izquierdista (Salvador Allende), que representa sólo o básicamente a los partidos Socialista y Comunista.

Tras esa polarización inusitada no hay duda que yace

una razón primordial, más fuerte, por cierto, que todos los incidentes aislados que contribuyeron a ese fin; ella es el temor de que, por primera vez en la historia latinoamericana, un candidato apoyado por los partidos marxistas pudiera llegar al gobierno por la vía electoral. Por otro lado, la cuestión planteada se daba en el momento que el "problema de Cuba" había pasado a ser crucial en la política regional.

De este modo, pues, la eventual victoria de Allende representaba muchísimo más de lo que habría significado en cualquier otra coyuntura.

Esto explica que la campaña electoral de 1964 se desarrollara por las fuerzas conservadoras como una confrontación entre el "comunismo y la democracia", y que este elemento fuera, sin duda, decisivo para su resultado.

No obstante lo dicho, es importante poner de relieve que bajo ese palió propagandístico (en gran parte establecido por intereses y recursos extranjeros), la disputa entre las combinaciones se dio en términos de dos plataformas que, para calificarlas de alguna manera, podrían denominarse como de "reformismo avanzado". La única separación esencial seguramente residió en materias de política exterior (esto es, posiciones frente a Estados Unidos y Cuba) y en la referida a la política del cobre (nacionalización, para unos; "chilenización", para otros).

De este modo, la polarización implicó también una *radicalización* o, si se quiere, un definido desplazamiento hacia la izquierda del conjunto político.

Tras esta realidad, también original para el medio chileno y latinoamericano, se perfilaba el hecho, de gran significación potencial, que las dirigencias políticas (o gran parte de ellas) parecían convencidas de que una mayoría sustancial del electorado era partidaria de una política de cambios resueltos y profundos del cua-

dro general del país. Esta otra dimensión de la polarización a nivel electoral, sin embargo, como se verá, no llegó a traducirse o fructificar en la realidad política después de la elección de 1964.

Este aspecto capital de la doble polarización se asocia con otro de no menor relieve, cual es la impresionante *ampliación* del contingente electoral. Del millón doscientos mil votos emitidos en 1958, se pasó a un total de cerca de dos millones y medio en 1964, gracias a los diversos expedientes legales encaminados a obligar al sufragio. Para dar una idea concreta del cambio basta tener en cuenta que la izquierda (Allende), que había logrado alrededor de trescientos cincuenta y tres mil votos en 1958, consiguió llegar casi al millón en 1964. Poca duda cabe que se trata de una de las más altas votaciones conseguidas por una coalición marxista en cualquier parte del mundo (y la más alta, evidentemente, en relación a la población).

El otro elemento que llama al examen es el vinculado con la *composición* social de la candidatura triunfante. Desde este ángulo es importante recordar que, a despecho de su estratégico apoyo en la hora de la elección, la derecha no llegó a asociarse con el régimen triunfante, como muchos izquierdistas vaticinaban. Por el contrario, y en especial a raíz del desarrollo de la reforma agraria, la derecha fue encarnizando su oposición al nuevo gobierno.

La victoria de Frei, en verdad, se asentó sobre dos pilares bien conocidos: el Partido Demócrata Cristiano que, como se anotó antes, había estado creciendo con rapidez en los años anteriores; y la masa independiente o, como se decía, «marginada», que representó el aporte fundamental en la definición electoral. Después del «primer ensayo» ibaísta de incorporación masiva de las «periferias» urbanas y el medio rural, en 1952, viene la segunda y mucho más grande ola de 1964, con una

diferencia cualitativa de gran importancia; esta vez la masa independiente va de la mano con uno de los principales partidos y de los más »ideológicos«, por añadidura. Por otro lado, y en parte por lo anterior, su irrupción no afecta al sistema de partidos sino que, en cierta medida, lo fortalece.

Desde el punto de mira que se ha utilizado en este trabajo, fácil es convenir en que los aspectos o cambios destacados implicaron en último término una sustancial *masificación* de las presiones sociales, modificando casi cualitativamente la relación entre ellas y los términos del desarrollo productivo. Y decimos *casi* cualitativamente porque esa transformación no fue mucho más allá de la presencia electoral y, por lo tanto, esporádica, de la gran masa. Es cierto, y sobre esto se volverá más adelante, que en lo que respecta a la organización del campesinado y, en menor medida, de los llamados organismos comunitarios en las urbes (juntas de vecinos, centros de madres, etc.), los cambios fueron más profundos. No obstante, insistimos, no alcanzaron a derivar en otra *estructura de participación y representación* que rivalizara y se completara con las agencias tradicionales: partidos, asociaciones gremiales, sindicales, núcleos empresariales. En el acontecer cotidiano, estas estructuras de poder continuaron pesando mucho más que la masa multitudinaria.

Como se comprende, esa disociación tendrá mayor o menor significación según sea la representatividad efectiva de las organizaciones »tradicionales«. Aunque en el caso chileno (por ejemplo, en relación a los partidos o la agrupación sindical) ella parece alta por la medida latinoamericana, parece claro también que está distante de incorporar o reflejar con fidelidad las aspiraciones e intereses de la gran masa, en especial la no vinculada a las actividades del »sector moderno«.

Cualquiera que sea la apreciación sobre los alcances de ese fenómeno de "masificación", es indudable que no estuvo acompañado por una dilatación proporcional del sistema productivo. En la práctica, con la nueva administración volvió a registrarse la intrigante y todavía no suficientemente explicada conducta pendular de la economía chilena. Después de una fase de activación del crecimiento económico (1965-66), disminuyen las tasas de expansión. Igual ocurre con la inflación, pero a contramano: afloja el paso en el bienio inicial y tiende a acelerarse hacia el final del gobierno.

En este ciclo, lo mismo que en la administración anterior, no puede atribuirse al sector exterior la responsabilidad de esas fluctuaciones y comportamiento. Tanto las importaciones como las exportaciones se dilatan con rapidez y persistencia a caballo de la excepcional bonanza del cobre y de la prosecución (aunque con menor acento) del endeudamiento externo. Precisamente, es este curso del comercio exterior, en esencia ajeno a cualquier voluntad o decisión nacionales³¹, el que permite contrapesar precariamente la presión social, sobre todo a través del mayor gasto público.

La aceleración inflacionaria de 1969-70 es una clara indicación del agravamiento de ese desequilibrio básico general.

Estas son las circunstancias primordiales que caracterizan la situación hacia el fin de la administración Frei.

Como se ve, se mantiene el viejo problema, pero los términos en que ahora se plantea parecen haberse modificado considerablemente con la "masificación" del proceso social y la reiterada dificultad para asentar un crecimiento más activo, aliviada parcialmente por el

³¹Nótese que los propios planes de expansión en el cobre no tuvieron mayor efecto sobre la producción física antes de 1970.

refuerzo de ese sector exógeno que es el auge del cobre. Es innecesario subrayar cuán precario es este balance.

LA »EROSION DEMOCRISTIANA«: ALGUNAS HIPOTESIS

Al margen de cualquier evaluación del gobierno Frei, no cabe poner en duda dos hechos primordiales. El primero, ya señalado más arriba, es que no consiguió romper el patrón tradicional del comportamiento económico. El segundo es la indudable »erosión« política del régimen y del partido del gobierno en los últimos años.

Soslayando un examen particular de cada uno de estos aspectos, bien pueden intentarse algunas hipótesis que los abarquen conjuntamente.

En primer lugar, nos gustaría debatir una tesis muy extendida en medios de izquierda, relacionada con una cuestión mucho más general: la alternativa latinoamericana entre reformismo y revolución. Según ese criterio, habría sido el reformismo de la llamada »revolución en libertad« la causa de su desgaste o frustración.

No vamos a repetir aquí el análisis realizado en otro trabajo y a propósito de la experiencia brasileña³². Aunque sería pertinente volver una vez más sobre los antecedentes teórico-históricos de la materia, a menudo pasados por alto en la confrontación dogmática o emocional, preferimos ir derecho al grano y sólo hacer referencia a ese examen anterior.

En síntesis: sería justificada esa tesis si la democracia cristiana se hubiera propuesto objetivos que *solamente* podían alcanzarse por medios revoluciona-

³² Véase [Espartaco], »Alternativa política en el desarrollo latinoamericano«, en *El Trimestre Económico*, N° 124, octubre-diciembre de 1964.

rios, por una transformación radical del *statu quo*, en el sentido ortodoxo de estos términos.

Pero no parece haber sido ése el caso chileno, sino otro bastante diferente, en el que las metas establecidas eran susceptibles de lograrse dentro del contexto institucional chileno (y pueden agregarse todas las excepciones y adjetivos peyorativos a ese contexto sin que ello desmienta el aserto planteado).

En la práctica se alcanzaron casi todos los propósitos básicos que estableció el régimen en su programa, y no se encuentra un capítulo principal de los mismos que pudiera decirse no se cumplió por falta de una «conmoción revolucionaria».

Otra cosa muy distinta y efectiva es sostener que muchos objetivos no se materializaron en la forma y con la celeridad que era deseable, y que algunos, como las reformas constitucionales y el control de la inflación, quedaron, en lo principal, como proyectos, pero ello, insistimos, no podría atribuirse a que hubieran faltado «condiciones revolucionarias».

Hay explicaciones más simples y certeras de lo ocurrido.

Una primera y patente es que si bien la administración Frei tenía más ideas y mostró mayor dinamismo y eficacia que muchos (por no decir la mayoría) de los gobiernos del pasado, no es menos cierto que sus ideas dejaron grandes blancos; por lo general no estaban bien definidas y se tenía muy poca noción acerca de cómo implementarlas.

Respecto a lo primero, basta señalar que no se llegó a definir una política global de producción, sobre todo en el decisivo campo industrial, a despecho de las favorables condiciones exteriores y del establecimiento de un aparato de planificación con mucho más poder aparente que en el pasado. Prueba por demás suficiente de lo dicho es la mediocre evolución del producto in-

terno y del fabril en particular. Por aquí flaqueó la que debería haber sido base principal (junto con la bonanza exterior) de los proyectos sociales y las intenciones distributivas.

En cuanto a lo segundo (la precaria definición de los propósitos), puede tomarse como ejemplo lo sucedido con una de las realizaciones de mayor trascendencia del gobierno: la Reforma Agraria. En el curso de la gestación legal se transformó esencialmente la naturaleza del proyecto que había sido delineado tiempo atrás, y cuyos trazos básicos pueden encontrarse en el libro-programa de Jorge Ahumada, *En vez de la miseria*. De un esquema de reforma agraria "clásica", a la europea, como el que ahí se proponía, se pasó a otro, más "social" y más radical, sin duda, pero que dejaba en pie incógnitas fundamentales, como las nuevas formas de propiedad-gestión (por ejemplo, asentamientos versus propiedades o dominio individual), para no citar sino un aspecto principal entre muchos otros todavía no esclarecidos.

Por último, en cuanto a la implementación y sin olvidar los considerables adelantos en la administración financiero-cambiaria, bastaría con mencionar las idas y vueltas en la política de construcción y en el diseño y manejo de la acción antinflacionaria.

Estos y otros aspectos similares constituyen parte de la explicación buscada, pero no cierran la historia, tanto más que en todos esos planes la administración democristiana no tendría por qué avergonzarse en comparación con otras que la precedieron o con lo que habrían podido ofrecer otras combinaciones políticas.

Dentro de este mismo ángulo cabría abundar sobre otro aspecto que nos parece de mucho mayor envergadura.

En efecto, por lo general en estas discusiones se tiene en mente una realidad: la de un gobierno "progresista",

»populista«, »democrático de avanzada«, o como quiera llamárselo, que en el proceso de cumplir un programa de reformismo más o menos jacobino, se encuentra con la muralla impasable de la reacción interna y sus aliados externos, que desbarata sus buenas intenciones. Ergo, no hay vía pacífica; hay que acudir a las armas³³.

No debatiremos las conclusiones, pero sí las premisas en cuanto ellas se refieren a la experiencia concreta de Chile que estamos analizando, esto es, lo que se dirá vale para ella y no para cualquier otra coyuntura o situación.

Ahorrrando digresiones: siempre nos ha parecido que en esta cuestión se ha pasado por alto un »pequeño detalle«: la polarización y radicalización de las fuerzas y, más aún, de la »ideología« política alrededor de 1964, cuestión que ya se destacó antes. En otras palabras, por lo menos tres cuartas partes de la masa electoral se pronunció por una transformación profunda de la realidad nacional, la que ofrecían, con distintos matices y orientaciones, las dos agrupaciones básicas, cuyos programas, como bien se sabe, no diferían sustancialmente, salvo en puntos de política exterior a los que aludiremos más adelante. Nótese bien la diferencia entre esta situación coyuntural y estructural (las armazones partidarias) y la visible en episodios de impotencia y crisis populistas, como el de Goulart en Brasil.

Ahora bien, ¿por qué no se produjo algún tipo de acuerdo entre los bloques para llevar adelante, durante un plazo bien determinado (el de la nueva administración), todo lo que fuera posible de esas intenciones?

Es obvio que la explicación no reside en las consabidas »maniobras de la reacción y del imperialismo«.

³³Véase *Alternativa política en el desarrollo latinoamericano*, ob. cit.

Ni tampoco en la presunción piadosa de algunos: que ella estaría en la naturaleza reformista de una candidatura y la estirpe revolucionaria de la otra. La verdad de las verdades es que *ambas* eran reformistas, y no puede olvidarse que sólo en tiempo muy próximo, y en fracciones minoritarias de la izquierda, se ha venido a postular abiertamente al socialismo como alternativa del régimen actual. Y pasado el tiempo, hasta resulta difícil sostener que había diferencias »antagónicas« entre las concepciones sobre relaciones internacionales. En general, la política exterior del gobierno de Frei ha sido uno de los aspectos menos criticados por la oposición izquierdista. Y en lo que atañe al encendido debate sobre la política del cobre, a la postre todo parece llevar hacia la virtual o completa nacionalización de los establecimientos, lo cual, dicho sea de paso, obligará a una »heroica« renovación de consignas en la izquierda, que harta falta le hace.

A nuestro juicio, y sin pretender identificar la única o siquiera la decisiva causa del fenómeno, no es posible entender la cuestión anterior sin recordar y escrutar el comportamiento de la izquierda después de la elección de 1964.

Para este efecto y luego de revisar papeles de ese tiempo, nos atrevemos a reproducir parte de unas notas que publicamos en el diario *Última Hora* a comienzos de 1965. Bajo el subtítulo »Las alternativas de la izquierda«, se exponía lo siguiente:

Para el »examen de las alternativas que se abren ante la izquierda en el nuevo cuadro político... puede aceptarse como premisa fundamental que ella debe mantener y asentar aún más su personalidad diferente, que nace de otra visión de la sociedad y de su compromiso exclusivo con la masa trabajadora, esto es, con el mundo 'no propietario' de los medios de producción.

»En primera aproximación y a guisa de ordenamien-

to metodológico podría decirse que tendrá que escoger entre tres tipos principales de oposición.

»Uno, el más simple y enfático, es el de la »oposición absoluta« o revolucionaria. Sin asomarse al tonel sin fondo de la discusión teórica sobre el asunto, parece obvio que el »horno no está para bollos«, al menos en el próximo futuro. Por un lado, no se requeriría demasiado optimismo para suponer un respaldo más o menos significativo de las masas. Y en este respecto, aunque tenemos prejuicio contra las analogías, es ilustrativa la experiencia de la extrema izquierda venezolana. Por el otro, esa postura, si es consecuente, implica de hecho dar la espalda al proceso político real, prosaico y cotidiano, para colocar los ojos en alguna coyuntura »cataclísmica«, cuyo desenlace, por lo demás, nadie puede garantizar.

»Otro tipo de oposición es el que puede denominarse »convencional«, que se expresa en la guerrilla parlamentaria y sindical, en torno a las viejas cuestiones tradicionales (reajustes, etc.) y que lleva a las más extrañas alianzas y enjuagues, que son seguidos con indiferencia cuando no con disgusto por gran parte de la masa. En este aspecto sería útil considerar que tanto o más extraño que algún acuerdo con un gobierno reformista sería para esa opinión ver a la izquierda en repetidas »acciones conjuntas« con la extrema derecha o los radicales.

»La tercera modalidad eventual podría llamarse de »oposición impulsora«, en la cual, manteniéndose la »personalidad independiente« sin renuncios, se »cobrara la palabra« de los triunfadores y se luchara por opciones o fórmulas más jacobinas, de manera concreta y en relación estrecha con las bases populares.

»Podrá preguntarse por qué no se considera otra posibilidad, aunque hipotética: la de una colaboración con el nuevo régimen. En verdad, aparte de cualquier análisis, esta alternativa »no está en las cartas«. Una principal es

que para que ella tuviera alguna viabilidad tendría que madurar y decantarse las »contradicciones internas« del freísmo, en el sentido de un robustecimiento de sus elementos más avanzados. Lo que no puede olvidarse es que ese proceso y su dirección dependerán no sólo del contenido de las fuerzas victoriosas sino también de lo que haga la oposición de izquierda. Las dos primeras alternativas seguramente impulsarían en el sentido de la »derechización« de esas fuerzas. La tercera podría —y nada más que podría— influir en una »izquierdización« de las mismas, por lo menos en el sentido de aproximar sus alas más progresistas y el FRAP«.

Huelga hacer presente cuál fue la modalidad de oposición que escogió la izquierda. Cabría sí agregar que el tenaz hostigamiento convencional contribuyó, sin duda, a la relativa »conservatización« del régimen, y a la pérdida de una oportunidad excepcional para un grande y creativo viraje en los términos del desarrollo global chileno. Por otro lado, téngase presente que si ella implicó finalmente el desgajamiento del ala más jacobina de la democracia cristiana y su incorporación a la izquierda, no es menos cierto que no »quebró« la máquina del partido gobernante. Esto, unido a la recuperación de la derecha, devolvió de nuevo al país a un esquema triangular de fuerzas, punto al que nos referiremos después.

No es fácil desentrañar en pocas líneas las razones de esa conducta de la izquierda con posterioridad a 1964. Descontado el efecto traumatizante de la derrota electoral y de las facetas más deleznable de la campaña anticomunista, lo cierto y evidente es que casi un millón de votos y el 40% del electorado representaban un éxito nunca visto para una coalición socialista-comunista en cualquier parte del mundo. Significaban, además, una posición meridiana de poder y de influencia efectiva y potencial.

Sin embargo, esa situación privilegiada fue lanzada por la borda. El desencanto fue más poderoso que las posibilidades que se abrían para diseñar una táctica y una estrategia de oposición y de alternativa a corto y a mediano plazo. En el fondo, probablemente fue la instancia más conspicua de »electoralismo«. Como si todo el inmenso esfuerzo y la ardua campaña sólo hubieran tenido como destino la suerte electoral en vez de ser ésta un episodio o eslabón en la construcción de otro esquema de poder. En la práctica, al abrirse otro proceso de elecciones en 1970, la izquierda tuvo que partir otra vez »desde el comienzo« en materia de ideas, perspectivas, tácticas, candidatos, etcétera. Pero éste es un tema que desborda nuestro propósito y no pretendemos desarrollarlo ahora.

Volvamos entonces al punto de partida en esta cuestión. Después de lo anotado sólo cabe reiterar que difícilmente puede atribuirse al »reformismo« o a la »renuncia a la revolución« el hecho que el proyecto democristiano no se consumara plenamente o no diera de sí todo lo que era históricamente posible. En último término, bien podría sostenerse que la culpa no fue del »reformismo« en abstracto (ya que los objetivos eran compatibles con el *statu quo*), pero sí de los reformistas, que no fueron capaces de aprovechar todas las circunstancias propicias para materializar sus propósitos, responsabilidad que también recae, evidentemente, sobre las espaldas de la izquierda por las razones antedichas.

Entiéndase bien que lo sostenido no implica que creamos que un esquema reformista, aun avanzado, habría podido o podría resolver los problemas actuales del desarrollo chileno o que, a la inversa, se esté de acuerdo con quienes piensan que sólo una ruptura revolucionaria y una alternativa genéricamente socialista podría hacer-

lo. Esto es harina de otro costal y escapa al tema de este trabajo³⁴.

LA «GRAN CONTRADICCIÓN» DEL ESQUEMA

Cualquiera que sea la opinión sobre lo planteado antes, lo cierto es que esos enfoques, a nuestro juicio, sólo explican una parte, y quizás no la principal, de lo que denominamos «erosión democristiana». Para completarlos es necesario ir más allá de las categorías políticas y examinar ciertas realidades sociales y económicas.

Con esa mira, se debería partir del análisis hecho anteriormente sobre la composición social de las fuerzas que llevaron al Presidente Frei al poder, o sea, al partido y la masa «independiente», con el contingente femenino a la cabeza.

Tomando un atajo para abordar el problema de fondo podría sentarse la tesis, casi irrefutable, que el predominio democristiano se habría mantenido incólume y aún robustecido de haber conseguido transformar aquel «matrimonio de ocasión electoral» en una asociación orgánica y estable.

Esta verdad meridiana fue comprendida por el régimen en sus primeras andanzas y son pruebas de ello las iniciativas en torno a la «promoción popular» y a las organizaciones comunitarias. Sin embargo, no es menos cierto que, con el paso del tiempo, el objetivo perdió jerarquía y los progresos resultaron limitados, por lo menos en relación a la cuestión planteada. Ya en 1970 es difícil apreciar con alguna certeza hasta qué punto se mantiene la influencia democristiana en esas capas y esferas o, desde otro ángulo, en qué medida ellas han vuelto

³⁴ Algunas ideas preliminares al respecto pueden verse en [Espartaco], «Esbozo de una alternativa económica socialista para América Latina», en *El Trimestre Económico*, N° 122, abril-junio de 1964.

a ser una »masa en disponibilidad« para distintos proyectos político-electorales. Sin embargo, lo cierto e indiscutible es que no se materializó aquella fusión, más o menos completa o progresiva, de las dos partes del »movimiento freísta« de 1964.

La anterior, repetimos, nos parece la causa primordial del fenómeno examinado. Sin embargo, queda por delante lo más difícil, esto es, intentar conocer por qué ocurrió tal cosa.

Como se comprende, no hay respuesta única para la interrogación y otra vez sólo cabe proponer alguna hipótesis central al respecto. Para nosotros, ella podría sentarse en los términos siguientes:

Dado el nivel y parquedad del desarrollo chileno, no es posible, *al mismo tiempo y en un período relativamente corto*, resolver los problemas básicos de la masa preterida y permitir (o promover) la asignación de los recursos disponibles conforme al patrón de gastos y aspiraciones de los grupos altos y medios.

En otras palabras, el intento de reproducir los módulos de consumo característicos de las sociedades »opulentas«, aparte de sus limitaciones intrínsecas, parece incompatible con todo propósito de modificar las condicionantes básicas de la »pobreza estructural« de las mayorías urbanas y rurales.

La experiencia ha demostrado que regímenes »populistas« o »progresistas« con alguna holgura financiera pueden extender beneficios sociales a la población »marginada« o a parte de ella (vivienda, educación, asistencia médica, etc.). Sin embargo, también ella demuestra (y esto vale para casi todos los países latinoamericanos) que esos esfuerzos no logran alterar sensiblemente las situaciones relativas al empleo regular, a los flagrantes desniveles de productividad, al acceso efectivo a las oportunidades de movilidad y ascenso, etcétera.

Por otro lado, también es patente que un esquema o

política de desarrollo asentado en el tipo de asignación de recursos y de distribución social a que se ha hecho referencia, no es (o ha sido) válido para asentar y dinamizar el crecimiento económico, a pesar del gran sostén del comercio exterior y de un nivel extraordinario de gastos e inversiones públicas.

LA GRAN CONTRADICCIÓN Y ALGUNAS ALTERNATIVAS

La conciencia o reconocimiento de estas contradicciones básicas tiene mayor significación que la que puede dársele a primera vista. No faltan en América Latina izquierdistas esperanzados que imaginan que un vuelco político a su favor podría hacer el milagro de difundir hacia la mayoría los bienes propios de las economías »opulentas«, que hoy son privilegio de restringidas minorías. Basta tener a la vista las cifras sobre distribución y niveles de ingreso en la región para verificar el error de ese criterio. En Chile, por ejemplo, en precios y términos de 1969, se encuentra que poco más del 50% de la población *activa* tenía un ingreso promedio de unos 400 escudos mensuales, o sea alrededor de 35 dólares al tipo de cambio del período. Como se comprende, a esos niveles de renta, lo que reclama y necesita esa población —aparte del apoyo fundamental del empleo— es satisfacer sus demandas esenciales de »pan, techo y abrigo«, lo que supone y requiere una formidable concentración y reasignación de recursos hacia esos fines y en detrimento de otros tipos de consumos individuales y colectivos propios de los otros grupos sociales.

Naturalmente, no se trata de una opción o alternativa absoluta, pero sí de una modificación sustancial del actual esquema de reparto de factores productivos, medios financieros y también de los ingresos³⁶ Sólo

³⁶Sobre el asunto véase otra vez, para un desarrollo amplio del problema, *Diagnóstico, estructura...*, *ob. cit.*

ási, evidentemente, se conseguirá incorporar de manera efectiva al proceso económico, social y político a la "mayoría sumergida" de Chile y América Latina. Es lo que no consiguió la experiencia democristiana, a pesar de los avances indudables en materia de reforma agraria, organización comunitaria e inversiones sociales. Y ahí reside la causa principal de su erosión política.

Parece claro que los cambios de los últimos años en el grado de "masificación" han acentuado el desequilibrio "tradicional" entre las condiciones sociales y los datos del desarrollo económico (ritmo y modo de crecimiento y distribución). Sin caer en profecías aventuradas sobre la capacidad o incapacidad del sistema global para "absorber", relajar o postergar una crisis de esa contradicción, se pueden sí delinear las alternativas sobresalientes que plantea una situación de ese tipo y que con diversa intensidad y cariz vienen barajándose desde antiguo. La primera y más regresiva implicaría la contención más o menos violenta de las presiones sociales con el objeto de "equilibrarlas" con la base material. La segunda se identifica con las diferentes modalidades de "populismo", que implican en este contexto la "manipulación" de problemas, en el sentido de no abordar o resolver la contradicción expuesta y, en cambio, recurrir a diversos expedientes para aminorar las tensiones en el cuadro con una especie de "rotativa" de concesiones, que en la práctica tienen patente traducción inflacionaria. La tercera supondría esencialmente una selección de las aspiraciones y los grupos favorecidos (que pueden ser la mayoría postergada u otros) y una reorientación definida de los recursos económicos en función de esas preferencias y de la necesidad general de dinamizar el sistema y ampliar la base productiva. Sería ocioso especular sobre las posibilidades de que se adopte alguna de esas alternativas. (u otras, o diferentes combinaciones de ellas). Lo que sí puede plantearse es que, al

nivel político, el decenio del 70 se ha abierto con una reedición del »esquema triangular« de fuerzas que presenta limitaciones obvias para cualquier definición clara en cualquier dirección. Lo componen una izquierda fortalecida, pero evidentemente ambigua en cuanto a sus tácticas y estrategias a corto y a mediano plazo, que fluctúan entre un »reformismo avanzado« y una proclamación revolucionaria que se inspira verbalmente en la experiencia cubana; una democracia cristiana, mutilada de su flanco más jacobino, pero igualmente oscilante entre el radicalismo oral y la sustancia reformista; y una derecha disminuida partidariamente, pero con reservas abiertas o potenciales en las capas que acceden a los »nuevos consumos« y en algunos núcleos de la masa despolitizada. A este esquema, de muy dudosa eficacia social, habrá que sumar, sin duda, una pieza más: las fuerzas armadas, que ya hicieron su primer ensayo de participación en 1969, y que podrían reeditarlos y ampliarlos si, como en otras partes, el »establishment« civil no es capaz de generar una situación clara de poder y de acción.